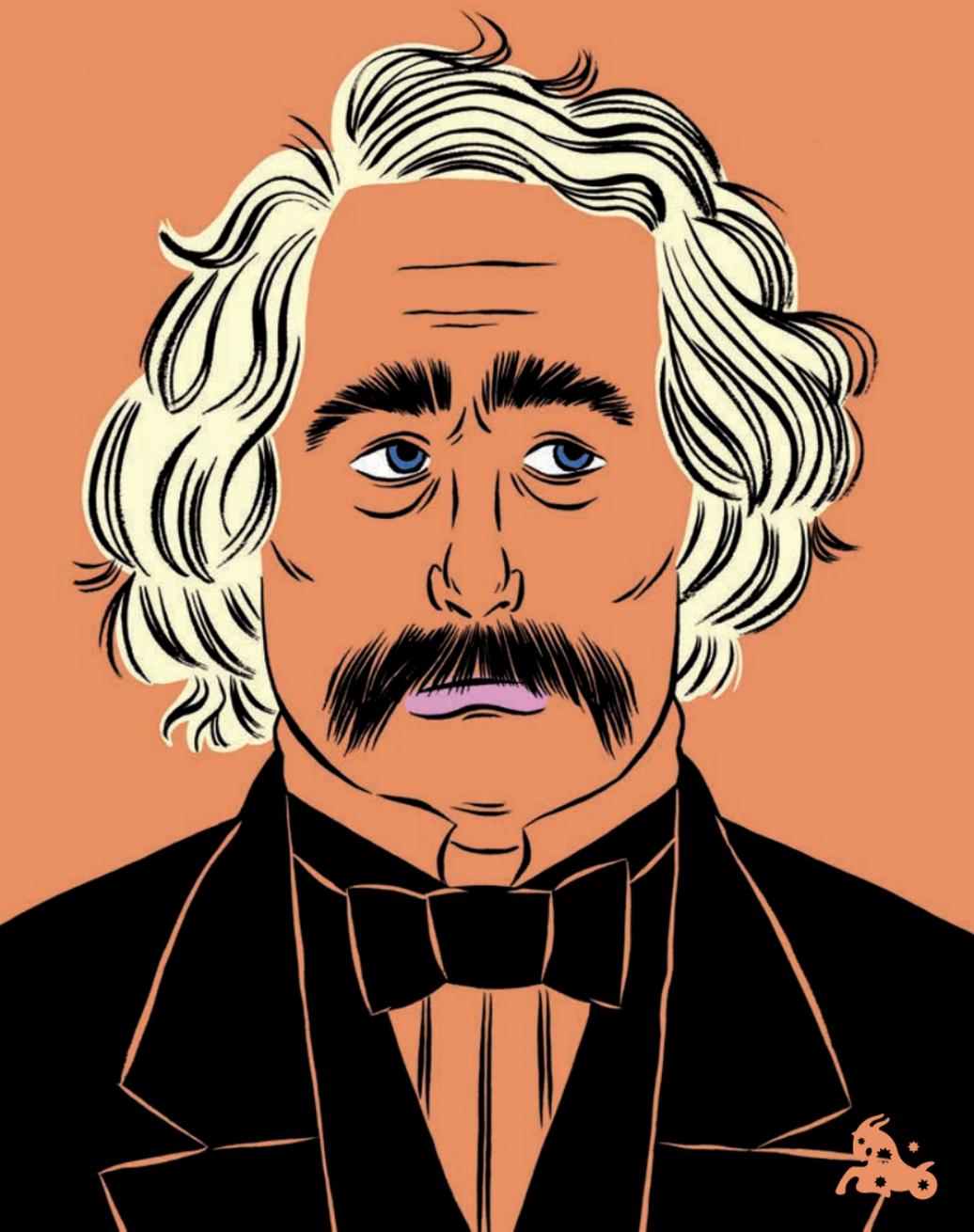


CUENTOS DE
NATHANIEL HAWTHORNE



CUENTOS DE

NATHANIEL HAWTHORNE

Traducción

Felipe González Vicén





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Títulos originales de los cuentos: *The Ambitious Guest*, *Wakefield*, *Mr. Higginbotham's Catastrophe*, *David Swan*, *Dr. Heidegger's Experiment*, *The Wedding Knell*, *The Great Carbuncle*, *John Inglefield's Thanksgiving*, *The Minister's Black Veil*

La primera edición de esta obra fue publicada en la colección Austral de Espasa-Calpe Argentina en 1948

© de la traducción, Herederos de Felipe González Vicén, 1991

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Núria Just

Primera edición en esta presentación: junio de 2023

Depósito legal: B. 9.655-2023

ISBN: 978-84-670-7022-4

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

Índice

La ambición del forastero	7
Wakefield.....	21
La catástrofe de Mr. Higginbotham	35
David Swan.....	53
El experimento del doctor Heidegger.....	63
Una boda extraña.....	79
El Gran Rubí.....	93
El Día de Acción de Gracias de John Inglefield...	115
El velo negro.....	123

La ambición del forastero

Nuestra historia da comienzo un atardecer del mes de septiembre. Este día una familia se hallaba reunida en torno al fuego del hogar, alimentándolo con piñas secas, madera arrastrada por las torrenceras de las montañas y restos de árboles gigantescos que el viento había precipitado al fondo del barranco. El rostro del padre y el de la madre expresaban una alegría serena; los niños reían; la hija mayor era la viva imagen de la felicidad a los diecisiete años, y la abuela, sentada en el lugar más acogedor y haciendo calceta, era, a su vez, la imagen también de la felicidad, pero en el invierno de la vida. Todos los allí congregados habían encontrado un hogar en el lugar más siniestro de Nueva Inglaterra. La familia vivía en el desfiladero de las Montañas Blancas, donde el viento soplaba con violencia todo el año y durante el invierno arrastraba un frío despiadado que descargaba su inclemencia en la casa de madera, antes de descender al valle del Saco. El lugar donde había sido construida la morada de la familia era frío, y no solo frío, sino, además, sombreado por el peligro. Sobre sus ca-

bezas se alzaba, en efecto, una montaña tan escarpada y agreste que las piedras se desprendían a veces y rodaban con estrépito desde lo alto, sobresaltándoles en medio de la noche.

La muchacha acababa de decir algo gracioso que había hecho reír a toda la familia cuando el viento que venía a través del desfiladero pareció detenerse ante la casa, sacudiendo la puerta con un lamento infinito antes de descender hacia el valle. Aunque nada de extraño había en ese fragor, la familia se sintió sobrecogida. Ya comenzaba a volver de nuevo la alegría a sus rostros cuando se dieron cuenta de que el pestillo de la puerta de entrada estaba siendo alzado desde fuera por algún viajero, cuyos pasos habían sido ahogados por el bramido del viento que acompañó su llegada.

Aunque vivían en aquella soledad, los miembros de la familia entablaban contacto a diario con el mundo exterior. El romántico paso del desfiladero es una gran arteria a través de la cual discurren constantemente la sangre y la vida del comercio interno entre Maine, a un lado, y las Montañas Verdes y las orillas del San Lorenzo, al otro. La diligencia pasaba siempre por la puerta de la casa y los caminantes, sin más compañía que su bastón, se detenían allí para intercambiar algunas palabras, a fin de que el sentimiento de soledad no los abrumase antes de atravesar el desfiladero o alcanzar la primera casa del valle. También el comerciante en camino hacia el mercado de Portland hacía un alto aquí para pernoctar y se sentaba junto a la lumbre algún rato más de lo habitual, si era soltero, con la esperanza de robar un beso, al partir, a la hija de la casa. El hogar de la familia era, en efecto, una de aquellas posadas primitivas en las que el viajero pagaba solo por la comida y la

cama, recibiendo, en cambio, una acogida imposible de pagar con todo el oro del mundo. Por eso, cuando se oyeron los pasos del desconocido entre la puerta de fuera y la de la habitación, toda la familia se puso en pie, la abuela, los niños y las personas mayores, como si se dispusieran a dar la bienvenida a alguien de la familia con cuyo destino se hallara vinculado el suyo propio.

La puerta se abrió y dio paso a un hombre joven. Al principio, su rostro se hallaba cubierto por la expresión de melancolía y casi desesperación del que camina solo y de noche por un lugar abrupto y siniestro, pero pronto sus rasgos cobraron brillo y serenidad al ver la cordial acogida de que era objeto. Su corazón parecía querer saltarle del pecho hacia todos los allí reunidos, desde la anciana que secaba una silla con su delantal hasta el niño que le tendía los brazos. Una mirada y una sonrisa situaron enseguida al desconocido en un pie de inocente familiaridad con la mayor de las hijas.

—¡No hay nada mejor que un fuego así! —exclamó—. ¡Sobre todo cuando se forma en su torno un círculo tan amable! Estoy completamente aterido. El desfiladero es algo así como el tubo por el que soplan dos fuelles gigantes; desde Bartlett me ha azotado la cara un viento huracanado.

—¿Se dirige usted a Vermont? —preguntó el dueño de la casa mientras ayudaba al joven a descargarse de una mochila que llevaba a la espalda.

—Sí, voy a Burlington, y todavía bastante más lejos —replicó este—. Mi intención era haber llegado esta noche a la casa de Ethan Crawford, pero en una ruta como esta un hombre a pie tarda siempre más de lo que pensaba. Sin embargo, mi decisión está ya tomada, porque cuando veo arder esta lumbre y veo los rostros

alegres de todos ustedes, me parece que lo han encendido para mí y que la familia entera estaba esperando mi llegada. Así pues, si me lo permiten, me sentaré entre ustedes y me instalaré aquí esta noche.

El recién llegado acababa de acercarse a su silla al fuego cuando se oyó fuera algo así como un paso gigantesco que rodaba por la escarpadura de la montaña acercándose con estrépito y pasando a zancadas al lado de la casa. La familia detuvo el aliento unos segundos, conociendo como conocían el ruido, y el forastero hizo lo mismo por instinto.

—La vieja montaña nos ha lanzado una piedra, para que no nos olvidemos de que la tenemos ahí, sobre nuestras cabezas —dijo el padre recobrándose enseguida—. Algunas veces mueve la cabeza y nos amenaza con desplomarse sobre nosotros, pero somos antiguos vecinos y, en el fondo, mantenemos buenas relaciones. Además, tenemos un refugio seguro aquí, al lado de la casa, para el caso de que, efectivamente, quisiera hacer realidad sus amenazas.

Y ahora imaginémosnos que el viajero ha terminado su cena de carne de oso y que sus maneras francas y abiertas le han colocado en un plano de amistad con la familia, de manera que la conversación entre todos se ha hecho tan sincera como si el recién llegado perteneciera a aquel hogar agreste. El joven a quien el azar había traído aquella noche a la casa era de carácter altivo, aunque dúctil y amable; altanero y reservado entre los ricos y poderosos, pero siempre dispuesto a humillar su cabeza en la puerta de una cabaña y sentarse al fuego de los desposeídos como un hermano o un hijo. En el hogar del desfiladero encontró cordialidad y sencillez de ánimo, la penetrante y aguda inteligencia de Nueva In-

glattera y una poesía originaria y auténtica que los habitantes de la casa habían recogido de los picos y los desfiladeros, e incluso en el mismo umbral de su pobre morada. El forastero había viajado mucho y siempre solo; su vida entera había sido, podía decirse, un sendero solitario, pues la altiva reserva de su naturaleza le había hecho apartarse siempre de aquellos que, de otro modo, hubieran sido sus camaradas. También la familia, tan amable y hospitalaria como era, llevaba en sí esa conciencia de unidad entre todos sus miembros y de separación del resto del mundo que hace del hogar un recinto sagrado en el que no tiene entrada ningún extraño. No obstante, esa noche una simpatía profética llevó al joven instruido y de maneras refinadas a descubrir su corazón a aquellos rudos habitantes de las montañas, y su franqueza hizo que estos se confiaran a él con la misma sinceridad. ¿No es más fuerte, en efecto, el lazo de un destino común que los que tiende el mismo nacimiento?

El secreto del carácter del joven era una ambición altísima y abstracta. Era posible que hubiera nacido para vivir una vida oscura, pero no para ser olvidado en la tumba. Su ardiente anhelo se había convertido en esperanza, y esa esperanza, largo tiempo acariciada, se había transformado en la certeza de que, por insignificante que fuera su vida en el presente, el brillo de la gloria iluminaría su camino para la posteridad, aunque no quizá mientras él lo recorriera. Cuando las generaciones venideras dirigiesen la mirada hacia la oscuridad que era entonces su presente, apreciarían el resplandor de sus pisadas y se confesarían que un hombre de altas dotes había ido de la cuna a la tumba sin que nadie hubiera sabido comprenderle.

—Y sin embargo —exclamó el forastero, con las mejillas encendidas y los ojos llenos de luz—, todavía no he hecho nada. Si mañana desapareciera de la tierra, nadie sabría tanto de mí como ustedes: que un joven desconocido llegó un día al anochecer, procedente del valle del Saco, que les abrió el corazón por la noche y que se marchó al amanecer del día siguiente por el desfiladero sin que volvieran a verle. Ni una sola persona les preguntaría quién era ese joven ni de dónde venía... ¡Pero no! ¡Yo no puedo morir hasta que haya hecho realidad mi destino! Después sí; después, puede ya venir la muerte. ¡Yo mismo me habré edificado mi propio monumento para la posteridad!

Había un impulso tal de emoción natural bullendo sin cesar en medio de fantasías abstractas que la familia pudo comprender los sentimientos del joven forastero, siendo como eran tan lejanos a los suyos propios. Dándose rápidamente cuenta de lo ridículo de su actitud, el joven enrojeció por la vehemencia hacia la que había sido arrastrado por sus mismas palabras.

—Ustedes se reirán sin duda de mí —dijo, tomando la mano de la hija mayor y riéndose él mismo—. Seguramente piensan que mi ambición es tan absurda como si fuera a dejarme morir congelado en la cima del monte Washington, solo para que la gente de la comarca pudiera admirarme desde el llano... Y, sin embargo, a fe que quería un noble pedestal para la estatua de un hombre...

—A mí me parece —respondió la hija mayor, enrojeciendo— que es mejor estar sentados aquí al calor de la lumbre, contentos y serenos, aunque nadie piense en nosotros.

—Yo creo, sin embargo —dijo su padre, después de

unos momentos de silencio—, que hay algo natural en lo que el joven ha dicho; y es posible que, si mi cerebro hubiera seguido este camino, yo también habría pensado lo mismo. Es raro hasta qué punto sus palabras han traído a mi pobre cabeza cosas que a buen seguro no han de suceder nunca.

—¿Cómo sabes tú que no han de suceder? —respondió la señora de la casa—. ¿Puede el hombre saber lo que hará si llega a enviudar?

—¡No, no! —exclamó el padre, rechazando la idea con un tono de cariñoso reproche—. Cuando pienso en tu muerte, Esther, pienso siempre también en la mía. Lo que estaba imaginando era otra cosa. Pensaba que teníamos una buena granja en Bartlett, en Bethlehem, en Littleton o en cualquier otra ciudad en las proximidades de las Montañas Blancas, pero no donde estas estuvieran siempre amenazando derrumbarse sobre nuestras cabezas. Me hallaba en buenas relaciones con mis vecinos, y era nombrado juez municipal del lugar y enviado a la Asamblea General durante una o dos legislaturas, pues aquí hay mucho que hacer para un hombre sencillo y honrado. Y cuando llegaba a viejo, y tú también, podía morir tranquilo dejándoos a todos llorando en torno a mí. Una sencilla lápida de pizarra me vendría tan bien como una de mármol, sobre la cual se grabarían simplemente mi nombre, mi edad y un versículo de los salmos, y quizá algunas palabras que dijeran a la gente que había vivido como un hombre honrado y había muerto como un cristiano.

—¿Lo ven ustedes? —dijo el forastero—. Es consustancial a la naturaleza humana desear un monumento, bien sea de pizarra, bien sea de mármol, bien consista en un pilar de granito o bien sea solo un recuerdo glorioso en el corazón de las gentes.

—¡Qué cosas más extrañas nos vienen esta noche a los labios! —dijo la esposa, con lágrimas en los ojos—. Suele decirse que es señal de que va a ocurrir algo cuando los hombres empiezan a pensar y a hablar así. ¡Oíd a los niños!

Todos los reunidos prestaron, en efecto, atención. Los niños más pequeños habían sido acostados en otro cuarto, pero la puerta medianera se hallaba entreabierta, de modo que se les podía oír hablar afanosamente entre sí. También ellos parecían contagiados de las fantasmagorías que habían hecho presa en el círculo de personas mayores sentadas al fuego y discutían acaloradamente, sobrepasándose los unos a los otros en deseos y ambiciones infantiles para cuando fueran hombres. Al fin, uno de los pequeños, en lugar de dirigirse a sus hermanos, llamó a su madre.

—Voy a decirte lo que yo deseo, mamá —dijo—. Quiero que tú y papá, y la abuela, y todos nosotros, incluyendo también al forastero, nos levantemos y vayamos a tomar un sorbo de agua en el Flume.

Ninguno de los presentes pudo reprimir una sonrisa al oír que el mayor deseo del niño era abandonar su cama bien caliente y arrancar a los demás del amor de la lumbre para visitar el Flume, una torrentera que se precipitaba desde lo alto de la montaña a las profundidades del desfiladero. Apenas había acabado el niño de pronunciar sus últimas palabras cuando se oyó el ruido desigual de un carruaje que se acercaba y que, al fin, se detuvo delante de la puerta de la casa. En él parecían ir dos o tres hombres, los cuales iban alegrando el camino con una canción cantada a coro, el eco de cuyas notas resonaba entre las peñas, mientras los viajeros dudaban si proseguir su viaje o detenerse en la casa para pasar la noche.

—Padre —dijo la muchacha—, le están llamando por su nombre.

Pero el dueño de la casa no estaba seguro de que le hubieran llamado y no quería mostrarse demasiado ávido de ganancia invitando a los viajeros a pernoctar bajo su techo. Por eso, no se apresuró a acudir a la puerta, y, mientras tanto, se oyó restallar el látigo y los viajeros siguieron camino por el desfiladero, siempre cantando y riendo, aunque su música y su alegría parecían provenir del corazón de la montaña.

—¡Mira, mira, mamá! —exclamó el niño que había hablado antes—. También ellos se van hacia el Flume.

De nuevo los reunidos se rieron ante la fijación del niño de hacer una excursión en medio de la noche. Sin embargo, de repente una nube pasó sobre el espíritu de la hija mayor; durante un momento sus ojos se fijaron gravemente en el fuego y respiró con tal intensidad que su aliento se convirtió casi en un suspiro. Sobresaltada y con un rubor en el rostro, la joven miró rápidamente a su alrededor, como si temiera que todos los que allí se hallaban hubiesen penetrado con la mirada en el interior de su pecho. El forastero le preguntó qué era lo que estaba pensando.

—Nada —respondió ella—, tan solo ha sido que en estos momentos precisamente me he sentido infinitamente sola.

—Yo siempre he tenido un don especial para percibir lo que otras personas tienen en el corazón —dijo el desconocido, medio en broma y medio en serio—. ¿Quiere usted que le diga también los secretos del suyo? Sé perfectamente, sobre todo, lo que hay que pensar cuando una muchacha tirita sentada al calor de la lum-

bre y se queja de soledad al lado de su madre. ¿Debo expresar todo eso en palabras?

—No serían ya sentimientos de una muchacha, si, efectivamente, pudieran ser expresados en palabras —dijo la ninfa de los montes riéndose, aunque apartando los ojos.

Todas estas frases habían sido intercambiadas en un aparte de los dos jóvenes. Quizá comenzaba a brotar en sus corazones un germen de amor, tan puro que era más apto para florecer en el paraíso que en el polvo de este mundo. Las mujeres, en efecto, amaban la noble dignidad que distinguía al forastero, y el alma arrogante y contemplativa se siente siempre atraída por una simplicidad de espíritu similar a la suya propia. Mientras ambos hablaban en voz baja, y mientras el desconocido observaba la dulce melancolía, las sombras luminosas y los tímidos anhelos de aquella naturaleza de mujer, el viento que soplaba encajonado en el desfiladero comenzó a resonar con un tono más profundo y fragoroso. Como decía el imaginativo forastero, parecía una melodía cantada a coro por los espíritus del viento, los cuales, según el mito de los indios, habitaban en aquellas montañas, haciendo de sus cimas y de sus precipicios una región sagrada. A lo largo del camino resonaba un lamento agudo, como si pasara por él un cortejo funerario. Para desterrar la melancolía que se había apoderado de todos, la familia arrojó al fuego algunas ramas de pino hasta que las hojas secas comenzaron a crepitar, y pronto surgieron vivas llamas iluminando de nuevo una escena de paz y de dicha humilde. La luz extendía sus alas sobre las cabezas de todos los allí reunidos, acariciándolos suavemente. Podían verse los rostros menudos de los niños husmeando desde el cuarto

vecino y, al lado del hogar, la silueta enérgica del padre, la fisonomía dulce y fatigada de la madre, el perfil altivo de los jóvenes y la figura encorvada de la abuela, que seguía haciendo calceta en el lugar más cálido de toda la habitación. La anciana levantó un momento los ojos de su labor, y, mientras sus dedos continuaban moviéndose sin descanso, comenzó a hablar a su vez.

—Los viejos tienen sus ideas, igual que también los jóvenes tienen las suyas. Habéis estado trazando deseos y proyectos, y haciendo correr vuestra fantasía de una cosa a la otra, hasta que habéis logrado que también mi pobre cabeza se haya lanzado por los mismos derroteros. Sin embargo, ¿qué puede desear una vieja a la que solo la separan unos pocos pasos de la tumba? Voy a decíroslo, porque me temo que, si no lo hago así, la idea me va a perseguir día y noche sin descanso.

—Sí, sí, dínoslo —exclamaron a la vez el marido y la mujer.

La anciana adoptó un aire de misterio, que hizo que el círculo de personas se apretara más en torno al fuego, y comenzó a hablar, diciendo que, desde hacía ya algunos años, se había procurado las vestiduras con las que deseaba ser enterrada: una mortaja muy sencilla de hilo y una cofia de muselina. Y esta noche una extraña superstición se había apoderado de ella. En su juventud había oído decir que si al enterrar a una persona algo de su atavío estaba desordenado, aunque solo fuera una arruga en el cuello de la mortaja o una leve desviación en la cofia, el cadáver se revolvía en el ataúd debajo de la tierra, tratando de liberar sus frías manos y arreglar con ellas lo que no lo estuviera. La simple suposición de que a ella pudiera sucederle algo semejante la ponía nerviosa.

—¡Por Dios, abuela! —exclamó la nieta estremeciéndose—. ¡No hables así!

—Pues bien —prosiguió la anciana sin hacer caso, con gran seriedad, aunque vagándole por el rostro una extraña sonrisa—. Lo que deseo de vosotros, hijos míos, es que cuando vuestra abuela esté en el ataúd, me situéis un espejo ante el rostro. ¿Quién sabe? Quizá me será posible echar una mirada y ver si no está desarreglado nada de lo que llevo puesto.

—Todos, lo mismo jóvenes que viejos, no sabemos soñar más que con tumbas y monumentos —murmuró el forastero—. Me gustaría saber qué es lo que sienten los marineros cuando el barco se hunde y todos se hallan en trance de ser sepultados juntos en la inmensa y anónima sepultura del mar.

La fúnebre ocurrencia de la anciana había ocupado de tal forma durante unos momentos el cerebro de los allí reunidos que nadie se había percatado de que afuera, en las tinieblas de la noche, un ruido semejante al bramar de cien gigantes había ido creciendo hasta alcanzar tonos profundos y terribles. La casa y todo lo que en ella había se estremeció; los mismos cimientos de la tierra parecían verse sacudidos como si el estruendo cada vez más próximo fuera el sonido de las trompetas del Juicio Final. Jóvenes y viejos se miraron con un pavor salvaje y permanecieron un instante lívidos, aterrorizados, sin fuerza para pronunciar una palabra ni para hacer un movimiento. Después el mismo grito salió de todas las gargantas.

—¡El alud!, ¡el alud!

Las palabras más elocuentes pueden sugerir, pero no describir el horror inexpresable de la catástrofe. Las víctimas se precipitaron fuera de la casa, buscan-

do amparo en lo que ellas creían un lugar seguro, allí donde, pensando en esa posibilidad, se había construido un muro de contención o barrera. ¡Ay! Al hacerlo así, los desgraciados habían renunciado a su salvación, lanzándose por su propia voluntad en el seno del más fatal de todos los destinos. Toda una vertiente de la montaña se vino abajo en una verdadera catarata de piedras y ruinas. Y justamente pocos metros antes de alcanzar la casa, aquella avalancha de muerte y destrucción se dividió en dos brazos, dejando en medio, casi intacta, la casa y arrasando en sus alrededores cuanto se oponía a su paso. Mucho antes de que se hubiera apagado entre las montañas el estruendo del alud, había terminado ya la agonía de las víctimas y todas ellas gozaban de la paz. Sus cuerpos no fueron encontrados nunca.

Al día siguiente una débil columna de humo salía todavía de la chimenea de la casa. Dentro, el fuego ardía levemente en el hogar y las sillas se alineaban en círculo a su alrededor, como si los allí reunidos hubieran salido unos minutos a contemplar los destrozos causados por el alud y fueran a volver de un momento a otro para dar gracias a Dios por su milagrosa salvación. La historia fue contada por todos los rincones de la comarca y constituirá siempre una leyenda en estas montañas. También los poetas han cantado el triste destino de la familia del desfiladero.

Ciertos detalles parecían indicar que en la noche fatal un forastero había sido recibido en la casa y había resultado víctima de la catástrofe con todo el resto de la familia. Otros negaban, en cambio, que hubiera indicios suficientes para llegar a tal conclusión. ¡Triste fin para aquella juventud ardiente, con sus

sueños de inmortalidad terrena! Su nombre y su persona son hoy absolutamente desconocidos; su historia, su camino en la vida y sus planes y proyectos permanecerán siempre envueltos en el misterio. Su misma muerte y su existencia son algo que la gente duda...